

# DISCURSO EUROPEO DE UN ESPAÑOL EN COLONIA

Por JUAN BENEYTO

Estos días hace cuatrocientos años que un español pronunciara en Colonia un discurso europeo. Discurso fundamental entonces y actual aún en este siglo, en genial tradición dentro de la política de nuestras figuras más grandes. Que Andrés Laguna, hablando en la Universidad renana el 22 de enero de 1543, seguía una línea donde, en su mismo tiempo, estaban, entre otros, Juan Luis Vives y Juan Ginés de Sepúlveda, próceres de la buena Humanidad. Veinte años antes que Laguna se lanzara en Colonia por la concordia de Europa, Juan Luis Vives, en un 12 de octubre, enviaba al Papa Adriano VI su epístola —tratado «De Europae statu ac tumultibus»—condenando en tintas de aguafuerte la situación en que se encontraba la vieja tierra de la Civilización. Poco después, el 1.º de julio de 1520, dedicaba Vives a Carlos I y V su obra esencial, «De concordia et discordia humano genere», donde estudiaba las causas de la escisión del mundo y pedía remedios espirituales. Y por aquellas mismas calendas, desde Bolonia, Juan Ginés de Sepúlveda entrega al Emperador su «Cohortatio», que es una exposición también del triste estado del mundo europeo con fervorosa invitación a que el César actuara para darle unidad y vencer al turco.

Con estos antecedentes y esa preclara formación, el discurso «Europa se ipsa torquens», pronunciado en Colonia por Andrés Laguna, se nos muestra como un ejemplo brillante de la actitud de los intelectuales españoles en el siglo de Carlos. Estamos siempre aquí por la unidad de Europa, por la concordia de los príncipes europeos, por el servicio del alto y viejo mundo a la causa universal del Espíritu. Impreso en seguida, en la misma ciudad del Rin, el discurso de Andrés Laguna aparece dedicado a Hermán Ubeda, arzobispo de Colonia, constituyendo un raro folleto que contrasta con la voluminosa y técnica producción del insigne segoviano. Precisamente porque Andrés Laguna fué médico eminente y vertió sobre la Medicina todo su esfuerzo, merece subrayarse este quehacer extraorbitante de su discurso colonicense. En sus palabras hay, ante todo, una voz española, y como tal hubo de ser escuchado con silencio religioso en una atmósfera que pedía lutos mayores.

Al pie de la letra tomaron en Colonia esto del luto. El paraninfo de la Universidad cubierto fué de bayonetas negras; un túmulo presidía el centro del aula, y el propio orador acudió vestido de negro. Eran las siete de la tarde, hora que en aquellas tierras, y en el 22 de enero, ya no hay luz solar. Grandes hachones pintados de luto iluminaban la sala. Así, con toda esta tristeza simbólica, los catedráticos, los senadores los consejeros, los canónigos y cierta parte del pueblo de Colonia se disputaron a oír al gran español.

Y a fe que el eminente segoviano olvidó su profesión y se proclamó con esta obra discípulo de Cicerón y de Herodoto. La retórica y la historia estuvieron citadas para ayudarle en la tarea propuesta. El discurso es una obra bellísima, y hay en él pasajes que podrían entrar en las mejores antologías latinas. Todos los elementos son allí conjugados, pero la fantasía y la mitología, la erudición y la comparación en término principal.

Expone, ante todo, la situación de Europa para tratar de encontrar el antídoto necesario. Con verdadero brillo hace que Europa misma se ofrezca ante los oyentes: él la describe como triste y pálida mujer, que de hermosa doncella se ha tornado un tético fantasma por obra de los príncipes cristianos que olvidan sus obligaciones. Europa «mitiga su sed con sangre de sus hijos», madre infortunada que, víctima de males tan horribles, pide a la tierra que la traque; al fuego, que la queme; al rayo, que la parta; al veneno, que le abrevie la vida... «¿Puedo vivir



El César Carlos V

tranquila—se pregunta—viendo sólo escombros de opulentas ciudades, campos ricos talados, templos ilustres en ruina? Frente a esto, ¿qué son Cartago, Atenas, Lacedemonia o Babilonia? Sus desastres fueron breves. Los trágicos antiguos, ¿qué pueden oponer ante el cuadro de Europa? Jeremías y Job, ¿de qué se lamentaban, al lado de lo que vea yo?» Y llama a Filomedea y Progne, hijas de Pandión; a Niobe, hija de Tántalo; a la triste Hecuba, a las hermanas de Faetón... Todas las necesita para que le acompañen a llorar. Porque, ¿quién más desgraciada que Europa? Sus tormentos hacen dulces los de Prometeo, con las entrañas arrancadas por un águila; los de Tántalo, atormentado por la sed; los de Ixión, despedazado por una rueda... (Europa dice que todo eso es placer puesto al lado de lo que ella sufre).

La intervención de Europa, personificada en aquella mujer pálida y triste, termina para que el orador considere si hay extravío excusable en la imaginación de la antigua y hermosísima doncella. El—como Vives—piensa en Carlos, cuyo apresuramiento por la paz es tan bellamente suscrito por nuestros autores. Y advierte que los príncipes llamados defensores de Europa son los más desgraciados, porque a sí mismos se exterminan. Frente a ello tan sólo cabe la concordia, concordia exaltada en un ambiente humanista lleno de referencias al naturalismo. «Todo lo que Dios creó—dice Andrés Laguna—está en amor constante, excepto el hombre. ¿Por qué precisamente el hombre, dotado de entendimiento, es quien goza en las guerras?» Trae a cuento las ventajas de la unidad; las guerras civiles labraron la ruina de cartagineses, espartanos y atenienses. No falta el ejemplo de España, con la anécdota de Tiresio y Escipión, cuando se le pregunta por qué, al fin, sucumbiera Numancia: «Vencieron unidos, discordes se esclavizaron.»

Está ahí la doctrina, tantas veces acariciada por nuestros intelectuales, de la unidad que a Europa le urge. «Por esa unidad, por la concordia europea—termina diciendo Laguna—, lucharé. Aunque mi trabajo sea vano, no cesaré; rogaré, insistiré...»

Es esa la línea de España, la voz española—la de Laguna como la de Vives—y la de Laguna, además, en aquel discurso, como voz de estudioso sin pretensiones científicas; voz de intelectual ligado a tiempo y Patria.